



De los payadores

*A la canción de los vientos,—
Canción de salvajes notas,
Eco de guitarras rotas,
Rudos y agudos acentos —
Respondieron los concentos
De montaraces Horacios;
Haces de luz de topacios
Triunfalmente se agolparon
En la lira en que cantaron
Santos Vegas y Anastacios.*

*Y eran canciones bravías
Como de harpas de granito:—
Un rictus del infinito
Quebrándose en pedreras:—
Y eran récias armonías,
De los bronces la aspereza.
La gloria de la fiera
Ritmada en marchas triunfales
Y los alegros marciales
de una agreste marsellesa.*

*Ritmos remotos, queridos
De las almas luchadoras.
Que llenásteis otras horas
Con altaneros rugidos!
Cálidos ritmos, caídos
En la fosa del pasado. —
Sois un verso desgarrado
En las lidias de la fama
Y tenéis toda la gama
De un ensueño derrotado!*

ANGEL E. BLANCO.

BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ
BUENOS AIRES

— DE —

LUZIO Hnos. Y MONTI

Restaurant y Cerveceria --- Salones especiales para familias y banquetes

Atención Vegetarianos

Restaurant Vegetariano

Unico Establecido en Buenos Aires

449 CALLE 25 DE MAYO 449 (ALTOS)

Acudid á el todos los que deseis una vida sana y alegre. Fijos bien que la base de la existencia está constituida por una sana alimentación.

Restaurant Vegetariano

25 de Mayo 449 (altos)

G. San Germier

Por cinco pesos

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semilla al gusto del comprador, un LINDO OBSEQUIO y un calendario de las sembrateras.

Alfalfa de la Pampa

CALLE LIMA 1163 - Buenos Aires

LOS OBREROS

Casa fundada en 1884

DE **Federico Roveda**

ROPA HECHA Y ARTICULOS

PARA TRABAJADORES

649 CALLE DEFENSA 649

NOTA. Nuestra ropa no se desdese. Pida V. catalogo

I. Bonansea

CIRUJANO, DENTISTA - MECANICO

990 Calle Moreno 990

BUENOS AIRES

Justino B. Lamarque

CIRUJANO-DENTISTA

Ex-gefe del consultorio Odontológico de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 5

Calle Artes 543 - Buenos Aires

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires

MARTIN FIERRO

Suplemento semanal de «La Protesta»—aparece los lunes

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Santiago del Estero 1072

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ADELANTADA

EN LA CAPITAL

Trimestre \$ 1.20

Año « 4.80

Exterior: \$ 4 oro al año.

EN EL INTERIOR

Trimestre \$ 1.80

Semestre « 3.50

Año « 6.00

Numero suelto: 10 centavos

— Provincias: 15

AGENCIA DE MARTIN FIERRO EN EL ROSARIO: LIBRERÍA DE E. SOTELO. CÓRDOBA 1288

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

Año I

Buenos Aires, Diciembre 26 de 1904

Núm. 42

DE CEREBRO Á CEREBRO

CARTAS DE IBSEN Á BRANDÉS

El poeta, comprendiendo su inmenso papel de verdadero definidor de las cosas, aún más prácticamente que el que Emerson le concede, entra de lleno en el mundo de su siglo y recoge, como pensamientos propios, los deseos de los demás, los de todos los hombres. Por eso será igualmente comprendido y admirado por todos ellos.

A los dos meses de silencio, el gran alquímico social hostiga nuevamente al gran crítico, de la siguiente manera:

«Dresde 17 Febrero 1871.

Querido Brandés:

No dudo que mi largo silencio provocará vuestra cólera; pero tengo la más completa seguridad de que no bastará para romper el lazo que nos une. Algo me dice que el peligro de una ruptura nacerá más bien de una correspondencia muy continuada. Cuando podamos vernos, muchas cosas cambiarán de aspecto y se aclararán entre nosotros. Hasta entonces, yo arriesgo francamente mis propósitos, no poniendo ninguna sombra ante vuestros ojos.

Ustedes, los filósofos, son capaces de todo con sus razonamientos; yo no tengo ningún deseo en que se me pruebe, por carta, que soy un asno, debiendo, en cambio, quedar en el elevado rango de hombre, después de una explicación oral. En vuestra carta admiráis irónicamente el equilibrio de mis facultades mentales en medio de las circunstancias presentes. Y en vuestras últimas amables (?) líneas, hacéis de mí un adversario de la libertad. La verdad es que mis facultades mentales están casi casi equilibradas, porqué considero la actual desgracia de Francia como la mayor dicha que puede experimentar esa nación. Por lo que se refiere á la cuestión de la libertad, todo se reduce, á mi entender, á una simple cuestión de palabras. Yo no consentiré jamás en identificar la libertad, con las libertades políticas; en lo que llamáis libertad, yo no veo más que libertades. Y lo que yo llamo la lucha por la libertad, no es sino la incesante y viva conquista de la idea de libertad. Aquel para quien la libertad deja de ser un bien ardientemente codiciado, no posee sino una cosa sin vida y sin alma; porqué la noción de la libertad lleva en sí misma un constante agrandamiento. Si alguno, durante la lucha, se detiene gritando: «ya la tengo», probará precisamente que la ha perdido.

Pero esa estéril posesión de algunas libertades es la característica de las sociedades Constituidas en Estados, y de la que he dicho que no es una cosa buena. Seguramente puede ser bueno poseer la libertad del sufragio, la exención de impuestos, etc., etc. ¿Pero para quien es eso un bien? Para el ciudadano; no para el individuo. La razón no nos dice que sea indispensable al individuo ser ciudadano. Al contrario. El Estado es una maldición para el individuo. ¿Por qué medio el Estado prusiano se ha edificado sobre la fuerza? Ahogando los individuos en un orden de cosas geográfico y político. El mejor soldado es el camarero del hotel. Ved, en cambio, la nación judía, escogida de la raza humana. ¿Cómo ha conservado su nobleza, sus particularidades que la aíslan, y su poesía, en medio de la barbarie que la rodea? Senciltamente porque no se ha organizado en Estado. Si hubiese permanecido en Palestina, hace muchísimo tiempo que hubiera corrido la misma suerte de los pueblos aplastados bajo el edificio social. ¡Es preciso abolir el Estado! Esa revolución tendrá mi aprobación. Combatir la idea del Estado, representar la iniciativa individual, y lo que la atane en el orden psíquico, como la condición esencial á toda asociación, ese es el comienzo de una libertad que vale caro. Cambiando las formas de gobierno, no se obtienen sino diferencias de grado, un poco más o un poco menos, nada que valga. Amigo mío, lo que importa es no dejarse imponer por antigüedad de la institución. El Estado hunde sus raíces en el tiempo; pero se yergue en un término limitado. Más grandes cosas cayeron; toda religión será trastornada. Ni los principios de la moral, ni las formas del arte, tienen una eternidad ante sí. En el fondo, ¿que es lo que tenemos que conservar? ¿Quién me asegura que en el planeta Júpiter, dos y dos no sean cinco?

No quiero ni puedo desenvolver además, por carta, estas consideraciones. Gracias de todo corazón por vuestra poesía...»

La carta termina cariñosamente, como todas y lleva una postdata prometiendo enviar el poeta al crítico un retrato; en cuanto tenga «una fotografía pasable».

Hasta Mayo no vuelve á tomar la pluma Ibsen.

A mediados de mes (18 de Mayo 1871) comienza su epístola con una galante y mistica apreciación de la vida del gran maestro: «He sabido con alegría—dice—, en Co-

penhague, que estaba usted completamente restablecido y, desde hace tiempo, fuera de peligro. En el fondo jamás he creído que hubiera peligro. No se muere en el prólogo. El gran dramaturgo del universo tiene necesidad de usted para un primer papel en el drama social que, sin duda, trata de representar ante el honorable público.»

La carta concluye así:

«¿Y que hacéis en vuestra dulce Italia? Vuestra enfermedad ha tenido de bueno que os ha hecho vivir un estío en ella. Diariamente pienso en usted. Le veo tanto en Frascati como en Albano ó en Ariccia. ¿Dónde está usted fijamente? ¿Que prepara usted nuevo, en vista del porvenir intelectual? Yo creo firmemente que alguna cosa habréis madurado durante esa larga enfermedad. Una de las ventajas de un decaimiento físico es el purificarnos y favorecer el crecimiento de gérmenes que, de otro modo, no se habrían desarrollado. Yo no he estado malo verdaderamente más que una vez. Eso ha sido, quizá, la causa de que no haya estado completamente bien, sin embargo. ¡*Chilo sá!*...»

La *Commune* de París, obrando indignamente, no ha echado á perder mi excelente teoría gubernamental, ó mejor dicho, «antigubernamental». He ahí mi gran idea aniquilada por mucho tiempo. ¡No importa! El fondo de ella es bueno, eso salta á los ojos, y algún día se pondrá en práctica, sin que se la vuelva á poner en caricatura.

He meditado con frecuencia sobre esta frase vuestra: «que no me hallo al nivel actual de la ciencia». ¿Cómo he de hacerlo? ¿No trae cada uno de nosotros, al nacer, el espíritu de su época? ¿Nó os ha llamado jamás la atención, al contemplar una colección de retratos de un siglo pasado, el aire de familia de todos los personajes que pertenecen al mismo periodo? Lo mismo acontece en el dominio de la inteligencia. La ciencia que los profanos poseemos está en nosotros, en cierto punto, en estado de adivinación ó de instinto. El escritor debe ser vidente ante todo. El don de reflexión le es menos necesario; por mi parte yo veo en él un peligro.

Querido Brandés; tengo siempre una gran satisfacción en hallaros con el alma en la mano, y tendré una grande, muy grande alegría, cuando escuche vuestra palabra que no venga escrita. Dadme pronto esa satisfacción.»

El 14 de Septiembre vuelve á escribirle. El poeta lee constantemente las obras que ha producido el gran crítico, y encuentra en él grandes puntos de semejanza al final de aquellas furiosas y enconadas lecturas para encontrar un hermano. Llega en fin, á decirle con toda la ruda franqueza pecudiar de

su carácter: «Me parece que atravesáis la misma crisis que yo cuando me preparaba á escribir *Brand.*»

Luego continúa:

Estoy seguro de que encontraréis también el remedio que cura el mal. Producir con energía constituye un excelente tratamiento. Por encima de todo, os deseo un prepotente egoísmo que os haga considerar lo que propiamente os pertenece, como lo único de valor ó importancia reales, no existiendo lo demás. No creáis por eso que mi naturaleza sea brutal. Usted no sabría servir mejor á la sociedad moldeando metal, que como lo habéis hecho. Yo no he comprendido jamás la solidaridad. La he aceptado como un artículo de fe. Si uno tuviese el valor de deshacerse de ella por completo, se aliviaría uno también del peso más molesto que oprime á la personalidad. Hay momentos en que la historia de la humanidad me parece un gran naufragio, y en que se trata de salvarse á sí mismo. No espero nada de las reformas parciales; pues la verdad es que estamos atravesando por un falso camino. ¿Cree usted que puede fundarse alguna esperanza sobre la situación actual? ¿Sobre el inaccesible ideal y otras majaderías? La inmensa hilera de generaciones me produce la impresión de un joven que ha dejado sus herramientas de obrero para entrar en el teatro. Hemos fracasado en el empleo de los amores y en los papeles heroicos. No tenemos una pizca de talento, si no es para los afeminados. Pero ese talento se pierde, mientras la conciencia individual se agranda. No creo que en los demás países vayan las cosas mejor que en el nuestro. En todas partes los intereses superiores son extraños á la masa.

¡Yo trataría de enarbolar una bandera! Pero eso sería, amigo amigo, correr una aventura del género de la de Luis Napoleón, apareciendo en Boulogne con un águila en la cabeza. Más tarde, cuando la hora de su misión hubo sonado, no tuvo necesidad del águila. Trabajando en el *Emperador Julia*, me he hecho fatalista. A decir verdad, esta obra es una especie de bandera. No temáis, sin embargo, encontrar en ella una tesis. Estudio los caracteres, los sucesos que se chocan, la historia, en una palabra. Yo no me meto á sacar ninguna moral, á menos que la moral de la historia os dé su filosofía. Es claro que surgirá una moral de la obra; será el juicio pronunciado, en fin de cuentas, sobre las partes que luchan, y su distribución de la victoria. Pero todo eso no se aclarará sino por la ejecución.

(Concluirá.)

El único peligro social es la sombra. Destruid la cueva Ignorancia, y destruiréis en ella el topo Crimen.

Humanidad, es identidad. Todos los hombres son del mismo barro. Ninguna diferencia existe en su predestinación. La misma sombra ántes, la misma carne mientras, la misma ceniza después. Pero la ignorancia mezclada con la pasta humana, la ennegrece. Esta negrura invade el interior del hombre y allí se convierte en el mal.

VICTOR HUGO.

Clásicos Criollos

EL NATALICIO

En la cima de esa loma,
y en un tiempo afortunado,
paraba en su *Estancia grande*
don Faustino Bejarano,
andaluz rico, rumboso,
y en general estimado,
porque fué sin duda alguna
el hombre más *bien portado*.

Con él vivía su esposa
siendo el adorno del *pago*.
doña estrella la portena
más donosa y de más garbo,
que en esos tiempos pisaba
en el suelo americano;
dama la más respetosa
y apreciable por su agrado,
con que allí favorecía
á todo el género humano;
así es que á la *Estancia grande*
el gaucho más desgraciado,
aunque fuese forastero,
podía llegar confiado
que de sus necesidades
sería allí remediado
por la señora en persona
ó su esposo idolatrado.

Con todo, aquel matrimonio,
que vivía en un estado
de riqueza y abundancia,
no se creía afortunado,
porque no tuvieron hijos
en una *máquina* de años.
Así es que se lamentaban,
hasta que el cielo apiadado
le concedió á doña Estrella
aquel *ojetito deseado*
en un hijo que parió
el día de Todos Santos.

¡Qué festejos, qué alegría,
en la estancia y en el *pago*
originó un nacimiento
tan feliz é inesperado!

Corrió luego la noticia
con la prontitud del rayo,
y á ver el recién nacido
se descolgó el vecindario,
trayéndole parabienes
al señor don Bejarano,
que á todos los *recebía*
agraciado y ufano.

Luego, mientras doña Estrella
se restableció del parto,
para cristianar al niño
en *Chascomé's*, se aprontaron
en la estancia y en la villa,
con un lujo temerario,
todas las cosas precisas,
sin reparar en los gastos.

Algunos días después,
de Buenos Aires llegaron
dos coches con dos familias,
y una *punta* de soldados
de escolta de los viajeros,
que todos eran foráneos,
y que á la cuenta serían
personas de mucho rango,
pues las damas y galanes
traían copete empolvado.

Cayeron de tardécita
y dos días descansaron,
hasta el tercero en que todos
para la villa *rumbiaron*,
en el coche de la Estancia
y los otros mencionados.

A los tres se les prendieron
doce caballos *platiados*,
del crédito del patrón,
y otra tropilla de *bayos*
arriaba yo de reserba
sin que fueran necesarios,
porque los *stetes* de tiro
eran *pingos* soberanos,
tanto que sobre la rienda
y *pelo á pelo* cincharon
hasta llegar á la villa,
donde recién sujetaron.

Doña Estrella y su marido
también nos acompañaron,
y una porción de sirvientes,
además de los soldados
de la escolta y los vecinos
más conocidos del *pago*,
sin contar los que en la villa
ya se hallaban de antemano,
á las mentas del bautismo
las funciones esperando,
y á las cuales asistieron
lo mejor *acacharpados*.

HILARIO ASCASUBI.

PAGINAS INFANTILES

Ayer tarde fui con mi madre y con mi hermana Silvia á llevar ropa blanca á la pobre mujer recomendada por los periódicos; yo llevé el paquete y Silvia el diario, con las iniciales del nombre y la dirección. Subimos hasta el último

EN UNA BUIHARDILLA

piso de una casa alta y llegamos á un corredor largo, donde había muchas puertas. Mi madre llamó en la última; nos abrió una mujer, joven aún, rubia y macilenta, que al pronto me pareció haberla visto ya en otra parte con el

mismo pañuelo azul á la cabeza.—¿Es usted la del periódico?, preguntó mi madre:—Si señora; yo soy.—Pues bien, aquí le traemos esta poca ropa blanca.—La pobre mujer no acababa de darnos gracias, ni de bendecirnos. Yo, mientras tanto, vi en un angulo de la obscura y desnuda habitación un muchacho arrodillado delante de una silla, con la espalda vuelta hacia nosotros y que parecía estar escribiendo, y escribía efectivamente, teniendo el papel en la silla y el tintero en el suelo. ¿Cómo se las componía para escribir casi á oscuras? Mientras decía esto para mis adentros, reconocí los cabellos rubios y la chaqueta de mayoral de Crosi, el hijo de la verdulera, el del brazo malo. Se lo dije muy bajo á mi madre mientras la mujer recogía la ropa.—¡Silencio!—replicó mi madre. Puede ser que se avergüence al verte dar una limosna á su madre; no lo llares.—Pero en aquel momento, Crosi se volvió, yo no sabía que hacer, y entonces mi madre me dió un empujón para que corriese á abrazarlo. Le abracé, y el se levantó y me tomó la mano.—¡Hemos aquí, decía entretanto su madre á la mía: mi

marido está en América desde hace seis años, y yo, por añadidura, enferma y sin poder ir á la plaza con verduras para ganarme algunos cuartos. No me ha quedado ni tan solo mesa para que mi pobre Luis pueda trabajar. Cuando tenía abajo el mostrador, en el portal, al menos podía escribir sobre él; pero ahora me lo han quitado. Ni siquiera algo de luz para estudiar y que no pierda la vista; y gracias que lo puedo mandar á la escuela, porque el ayuntamiento le dá libros y cuadernos. ¡Pobre Luis, tú que tienes tanta voluntad de estudiar! ¡Y yo, pobre mujer, nada puedo hacer por tí!—Mi madre le dió cuanto llevaba en el bolsillo, besó al muchacho y casi lloraba cuando salimos, y tenía mucha razón: para decirme:—¡Mira ese chico: cuantas estrecheces pasa para trabajar, y tú que tienes tantas comodidades, todavía te parece duro el estudio! ¡Oh, Enrique mío, tiene más mérito su trabajo de un día, que todos tus estudios de un año! ¿A cual de los dos le deberían dar los primeros premios?

EDUARDO DE ANICIS.

EL TRIUNFO

I

Cuando Jacobo blandía la pesada masa de acero rompiendo los enormes bloques de hierro que debían fundirse, y resonaba el continuo repiqueteo de los martillos en los talleres entre el murmullo monótono de los fuelles de los fraguadores y las trepidaciones del enorme motor que da movimiento á los tornos, puede decirse que era todo un buen muchacho.

De vez en cuando interrumpía la faena; y con los ojos húmedos, transpirando en abundancia, buscaba un trozo de tirante ó un pedrusco abandonado en el galpon para tomar un momento de descanso y chupar tranquilamente su pipa.

Nadie lo conocía.

Al principio de la primavera se había presentado á pedir trabajo y como había necesidad de obreros, fué admitido.

¿Para que sirves?—le había preguntado el capataz.

Jacobo sin desplegar los labios sacó un pliego de papel engrasado de su blusa raída y se lo entregó.

Como era un certificado de mecánico, se lo hizo empezar á trabajar.

Un buen día el comandante de un vapor expuso un reclamo. Un tujé para pistón, que había sido torneado por Jacobo, se había caldeado y fundido. La medida no debía ser precisa. Un vigésimo de milímetro más estrecho, tal vez, había producido el caldeamiento.

Jacobo protestó. Dijo que el error era de los fundidores, que habían equivocado la liga y puesto más estaño que cobre, haciendo, de consiguiente, un bronco muy blando, sensible al calor.

Sin embargo no fué oído.

Un diputado trabajaba empeñosamente para favorecer á uno de sus «elementos», y lo despidieron—arjudicando su salario á un reemplazante que, no sabiendo trabajar, fué almacenado en las oficinas; donde se pasaba las horas chupando cigarrillos y escribiendo proclamas para las elecciones próximas.

Un mes más tarde, uno de sus compañeros compadeciéndose de su suerte, consiguió que el capataz lo admitiese de nuevo. Pero esta vez se le pagó el sueldo de los aprendices y fué puesto á romper hierro para la fundición.

Al día siguiente había que hacer un timón para un crucero. Los moldes de creta estaban esparcidos á lo largo del galpón y algunos obreros limpiaban los enormes crisoles que debían desaparecer entre las llamas del horno. Las pilas de carbón de coque lanzaban resplandores penetrantes, de un gris perla agradable, y el humo fuerte del sebo derretido para activar el incendio envolvía el grupo de obreros que sudorosos, con los rostros ennegrecidos y con de lantales de arpillera, removían las brasas de cuando en cuando con largas palas de hierro.

La mayor parte de sus compañeros, se

burlaban de él; y varias veces al sacar el metal de los crisoles, habíanle dejado caer algunas gotas en los pies y en las manos que lo habían obligado á estar sin moverse, semanas enteras.

Jacobo miraba con ojos espantados y silenciosos las enormes llamas azuladas que se perdían entre los espirales del humo de la leña, azufre y sebo que ardián; y con los brazos á lo largo del cuerpo y la cabeza caída sobre el pecho, hundía la mirada ya en las grandes pilas de hierro para fundir, ya á lo largo del Río de la Plata que encrespaba suavemente sus olas tranquilas y lúcentes.

De pronto se volvió espantado. El capataz lo sacudía de un brazo gritando:

—Eh! animal, borracho! ¿No oyes que te llamo? ¡Mil rayos! ¿Tendré que despedirte otra vez? Dile á Antonio que te mando para que te haga tragar por el martinete, porque aquí no me sirves para nada.

Y haciéndole dar media vuelta brusca-mente, lo despidió con un puntapié.

Jacobo con los ojos húmedos de llanto y temblando como un niño, se dirigió al otro extremo del taller, donde Antonio hacía andar un enorme martinete que estremecía los galpones á cada golpe.

Volvió la cabeza á cada momento y llevándose una mano á los rinnes doloridos, contemplaba espantado las enormes llamas azuladas que envolvían á los fundidores en una atmósfera de fuego, y exclamaba con un gozo infinito:

—¡tanto mejor! así, esos diablos no tendrán el gusto de quemarme.

Y lanzando una carcajada estúpida, se perdió entre la hilera de operarios que hacían sonar sus martillos sobre las planchas de metales, produciendo sonidos confusos y ensordecedores.

CÉSAR LIVIO.

Sinfonía Aymara

Ahí va el indio de la altiplanicie, con la mirada incierta y el cerebro saturado del alcohol; ahí va el pobre desdenado de la vida, cuyas pupilas nubladas por el velo de la ignorancia, vagan, pareciendo interrogar á la inmensidad que se dilata ante sus ojos.

Marcha por la pampa desierta haciendo vibrar los extraños sonidos de una flauta, al compas inarmónico de sus pisadas sobre la dura tierra, llevando tal vez en lo recóndito de su alma, muchos recuerdos, muchas impresiones, que él no sabe decir ni expresar á los demás.

No se detiene para descansar y adquirir nuevas fuerzas. El es fornido y vigoroso. Bajo el sol canicular que caldea el suelo, con los descalzos pies encallecidos é insensibles al leve dolor físico, avanza imperturbable en su camino, masti- cando en silencio sus congojas ó alegrías é indiferente para el mundo exterior que le rodea.

¿Qué sentimientos ocultos reconcentran sus sentidos, absorben su espíritu multiforme ó sencillo, sutil ó delicado? ¿Qué extraña sugestión le encastilla en su egoismo, cuando, fija la mirada en el espacio, parece dialogar con el mismo instrumento al que conlajara sus congojas y secretos?

Misterio indescifrable! Pero hay algo oculto, íntimo, sugestivo, en el egoismo, en el recogimiento de esa alma triste y errante, que seduce á la nuestra y le acerca en misteriosa simpatía. Los sonidos mismos de su flauta, agudos, gemidos y de una monotonía desesperante, son como un sollozo prolongado de dolor que nos conmueve intensamente. Y los tonos inarmónicos del instrumento no cambian, no varían, se repiten siempre, persistentes y monótonos, prolongando la elegíaca sinfonía aymara.

La detenida contemplación de esta alma que cruza por ante mis ojos y se aleja con los gemidos de su flauta, me recuerda los bailes que celebran, cuando festejando algún aniversario religioso ó de familia reúnen los *tokoris* para entregar-se á sus largas expansiones báquicas; la sinfonía se hace entonces más triste y lúgubre, pues los sonidos agudos de las flautas contrastan con los ecos del *hacha*

LAS SOMBRAS...



huancara que da á los aires sus voces duras y secas, como martillazos de ultratumba. Y toda esa música extraña vibra al compas de las danzas indígenas, ea tanto que hombres y mujeres reunidos, formando un amplio círculo y cogidos de las manos, bambolean las cabezas y mueven nerviosamente las piernas, mientras las *haitiris* muestran los vivos y múltiples colores de sus *polleras* que ondulan y giran con impulso vertiginoso. Este curioso entretenimiento suele durar largos días, alternándose las danzas monótonas con las frecuentes libaciones báquicas.

Al presenciar uno de estos espectáculos, ocurre pensar que esos pobres seres, ignorantes ó fanáticos, se entregan á tan singular diversión impelidos solo por la costumbre atávica que parece determinar sus actos exteriores: más es fuerza suponer que quizá un hondo sentimiento de pena les impulsa á mezclar su música triste con sus danzas extrañas, y luego otro sentimiento de hastío, de aburrimiento, de profundo desprecio hacia la vida, les induce á ahogar sus desdichas y miserias en los vahos del licor que los aduerme... y los aleja de esa vida!

Pero en fin: ese pobre solitario que ahí vá lentamente por la inmensa pampa desierta, haciendo siempre vibrar los extraños y melancólicos sonidos de su flauta, es para mí un simbolo de tristeza, de dolor, sobre la tierra. Sobre ella, según Emerson, todos somos símbolos y de símbolos vivimos.

EDUARDO DIEZ DE MEDINA.

IMPORTANTE.—Se pide á los agentes del Interior de la República se pongan al día con esta administración. En caso de no hacerlo antes del 31 del corriente nos veremos, aunque muy apesar nuestro, en la necesidad imperiosa de suprimirles el envío del periódico.

“HACIA EL ORIENTE” (1)

EL DESFILE DE LA MISERIA

Á OSMÁN BENÉ.

Cruzan las sombras errantes
Como evocaciones trágicas de angustiosas pesadillas:
Y sus carnes, maceradas por todas las inclemencias,
Dicen el dolor y el frío.
Bajo el nocturno silencio poblado en negras visiones,
Bajo la quietud solemne de la Noche triste y muda,
La gran falange de sombras sigilosamente pasa
Como extensa caravana de Martirios...
Los miserables, los tristes,
Pasan cual una cohorte de Flagelaciones. Pasan
Como un Estigma... Y el Hambre
Camina á paso de lobo sobre sus huellas!...
Y un canto,
Mezcla de aullido y sollozo, mezcla de llanto y blasfemia,
Flota sobre aquella enorme dilaceración! Un canto,
Lleno de acerbas ponzoñas, lleno de bilis amargas,
Lleno de infinitos odios!

Postulantes del Mendrugo, vergonzantes de la Súplica,
Sedimentos del Andrajo!
Negra deyección volcada por las fauces de la Vida;
Pechos sangrando amargura, labios con sed implacable;
Músculos que azota el vértigo bajo la fatiga enorme;
Lívidas y vacilantes, lívidas y dolorosas
Visiones de un mundo torvo;
Todo pasa retorcido, todo jadea y se mueve
En laberíntica danza desordenada y convulsa!...
Y pasa la turba-multa con los lomos encorvados,
Como un gran dolor que fuera caminando por la tierra;
Como un gran dolor, deblado bajo el peso de una lúgubre
Desesperación... Y pasa...

Rabias ahogadas en hiel,
Rabias enormes se yerguen
Restallando en las tinieblas su látigo de amenazas,

1) Un volumen de 100 pag. A. Moen editor. Florida 323.

Su gran látigo de fuego,
 Con la rauda trayectoria de un relámpago
 Fulminado por la mano de Satán!
 Brama el rugido en la sombra,
 Como un león irritado que anhelara hundir la zarpa
 En los pechos que arrullados suavemente,
 Duermen con su indiferencia de felicidad ahita...
 Y en el bronco paroxismo fulge la rauda parábola
 Del puñal, prenden las teas
 Su alma ardiente de esterminio,
 Mientras se desploman todas las soberbias seculares,
 Coronadas por las flamas de inmensa conflagración!

Y cuando luce la Aurora cual una oriflama ignea,
 Se iluminan las pupilas inyectadas,
 Y sobre coágulos rojos
 Y piras enrojecidas,
 Entre un arambel de nubes trágicamente purpúreas
 Se levanta el sol, siniestro, como una mancha de sangre!

ERNESTO MARIO BARREDA.

EN PLENA VIDA

¡Así, destacadas, dos figuras, dos contrastes, dos encarnaciones antagónicas, el espectáculo tiene grandes atracciones para los que nos asomamos, ávidos, á las puertas de la vida!

Si, no podía ser de otro modo: dos audaces, dos gauchos *mentaos*, que habían de cruzar sus dagas...

¡Y bién, uno, el gaucho malo de nuestra prensa, Láinez, director de *El Diario*, el gaucho pendenciero que en 30 años recorrió todas las pulperías criollas distribuyendo tajos y rebencazos, echando el caballo encima del que lo miraba receloso, ese gaucho tan malo y tan odiado, esta vez *reculó!*

Y ahí está el otro, casi un muchacho, con la mirada límpida y tranquila, con la sonrisa fresca y burlona, en una completa posesión de sus fuerzas.

Ese es el caso Ghiraldo-Láinez; ni mas ni menos.

El espectáculo produce intensas alegrías para los que hemos sido testigos de las largas correrías del periodista matón, sin más norte que sus instintos sensuales y salvajes, á veces brutalmente impulsivo, á veces repugnantemente servil, siempre guiado por la voz de los amos que le dominaban con un gesto, recordándole que les debía la

permanencia en el pago donde tenía cuentas muy largas que arreglar con el alcalde.

Toda una vida estéril para el bien, consagrada al vagabundaje, á la traición y á la perfidia, retribuyendo un servicio con una puñalada, ensañándose feróz con los débiles, con los de abajo, riendo siempre, con su boca sucia y negra, donde asomaba una risa que hacía daño como una puñada de barro.

Ninguno como él, sabía de los senderos del pago, donde se puede tender una celada ó se puede preparar un golpe.

¿Se le vió alguna vez acercarse á los buenos, á los caídos, consagrarse á la tarea de sus resurrecciones?

Ah! Fué siempre el gaucho malo y pendenciero, el gaucho temido y adulado de los pulperos!

Cobarde en el fondo, ha temblado al encontrarse frente á frente con el adversario, jóven y hermosamente sereno, que le arroja á la cara el escupitajo de su asco profundo, que le invita á la lid en cualquier terreno, aún en los ranchos de sus compadres!

Ah! el gaucho malo, el gaucho pendenciero, el gaucho odiado y adulado!

J. A. CASTRO.

Cantares á Agustina

EN EL ALBUM DE AGUSTINA BARROS

Le canta mi musa inquieta
 En mi cantar plañidero
 —Que aunque no soy su poeta
 Hoy he de ser su coplero.

Porqué ella es la batelera
 De la barca de la vida,
 Que busca la azul ribera
 Donde la esperanza anida.

Escojerá en mis malezas—
 Pues tan solo tengo flores
 Para adornar las cabezas
 De los rojos redentores.—

Al pasar la miró un día
 Y quedó, al verla tan bella,
 Pensando que la Armonía
 Se deslizaba con ella.

Lleva en sus labios el beso
 Y la decepción también,
 En su veste el Amor preso
 Y en sus jestos el desdén.

Se cree oír cuando desata
 Su voz en timbres rimados
Morendos de serenata
 En el violín desgranados.

Si nimbada por anhelos
Habla de melancolias,
Hay en su voz ritornelos
De olvidadas melodias.

Su linda boca que acusa
Fugitivas intenciones
Tiene el color de la Musa
Que canta las rebeliones.

Son dos capullos de cielos
Sus ojazos señadores,
Que hacen que sufran desvelos
Los que han visto sus fulgores.

Brilla su mirada bella
Que asoma entre sus pestañas,
Como el borde de una estrella
Entre dos nubes extrañas.

Cambia de pronto en violentas
Claridades de arrebol
Como en días de tormentas
Tiene cambiantes el sol.

Si se la retrata en finas
Arcadas de pastorales,
Se piensa en las heroínas
De las cuentos medioevales.

Se recuerda en las bordadas
Nostalgias de su esplendor,
Las princesas destronadas
De las novelas de amor.

Hay en su risa cambiante
—Con atracciones de imán—
La alegría desbordante
De una copa de champán.

Y al fingir el sentimiento
Conqué ¡oh Verso! la revistes
Se la cree la huri del cuento
De las imágenes tristes.

Hacen pensar sus miradas
Cuando la abruma el esplín
En las novias desoladas
De las leyendas del Rhin.

Y se ve cuando la basa
La elegancia del salón
Una heroína francesa
En un baile del Trianon.

Hoy al cantarle he sentido
Mi vida estéril y yerma,
En que es vision del olvido
Mi pobre cabeza enferma.

¡Quien estará en sus visiones
Solo con ella en las francas
En las ténues expansiones
De todas las noches blancas!

Entré en la vida altanera
Con un cierto desdén tierro
Como un sol de primavera
En una tarde de invierno.

Que otro cantor la cabeza
Le adorne con sus laureles
Yo solo, de mi maleza
Le daré rojos claveles.

Yo que siento hoy al enviarle
—Algo de mi mufa inquieta—
(Que tan solo por cantarle
Me alegro de ser poeta.

EVARISTO F. CARRIEGO.

EL ARTE DE VIVIR

El índice de la fuerza moral de un individuo es la manera con que él reobra bajo el imperio de las emociones. En todo momento, nos vemos asaltados por sentimientos cada uno de los cuales tiende a llevarnos fuera de los límites de una actividad moderada y en equilibrio. Nuestra vida es, en este sentido, una lucha continua contra nuestras impulsiones emocionales. El instinto sexual y el instinto de la conservación, bajo formas primitivas ó derivadas, nos solicitan más ó menos fuertemente. Es necesario, pues, llegar á dominar á estos instintos; solo á este precio se puede llegar á ser superior.

Los poetas han generalmente exaltado los sentimientos y, según su ética, sólo las grandes pasiones el-varian al individuo. Romeo matándose sobre la tumba de Julieta es el modelo del que han sacado los escritores, copias más ó menos corregidas. Son estas, concepciones falsas de nuestro deber real de las cuales se rien los que las adornan de bellos oropeles literarios. Generalmente el escritor que describe complacientemente alguna pasión loca, es un buen burgués que no buscó nunca la más pequeña aventura

amorosa, por miedo de perder su libertad.

El sentimiento amoroso ha sido exajerado por los literatos modernos. Los antiguos y aún nuestros clásicos eran más fríos en este capítulo. ¿Es que los hombres se han hecho más apasionados? Lo que es seguro es, que la literatura ha desarrollado este sentimiento.

La pasión llegada á este extremo, es una enfermedad moral. Ningún sentimiento debe desequilibrar hasta ese punto al individuo normal. Yo recibí últimamente la visita de un amigo que me contó el dolor en que lo había sumido la desaparición de una mujer amada. Desde que él comenzó la narración de este drama íntimo, se puso á llorar. Grandes sollozos cortaban su discurso y le impedían continuar. Pasaron varios días y lo volví á ver, pero no había cambiado. Las lágrimas caían de sus ojos con la misma abundancia. Durante dos meses continuó llorando. No tenía más signo de desarrreglo mental que ese dolor moral sobregado y persistente que vino á degenerar en un verdadero delirio emocional que reclamó los socorros de nuestro arte.

Este caso podría muy bien mostrar los

efectos de la influencia de una educación viciosa, donde todos los sentimientos habían podido manifestarse libremente y habían sido exacerbados por una cultura literaria intemperante.

El peligro que hace correr á un individuo una gran pasión, es lo que lo hace más propenso á estar dominado por las otras. Y en efecto á estas se las encuentra generalmente asociadas.

Los grandes *amorosos*, viven á la merced de todas las excitaciones pasionales. Yo he conocido á muchos que eran jugadores impulsivos, ó bebedores incorregibles ó morfínomas.

Todo esto no quiere decir que yo piense que es necesario suprimir al sentimiento de nuestra vida mental. El tiene su rol marcado, y es la base sólida de nuestra actividad moral. Pero yo digo que es necesario canalizar el chorro violento, y dirigirlo en proporción de su utilidad hacia los territorios que él debe fecundar.

El instinto de la conservación viciosamente desarrollado, conduce á una existencia dolorosa. Aquel que es pusilánime y se habitúa á temer exageradamente al valor no es capaz de vivir una vida normal. La mayor parte de las enfermedades que nos atacan se complican con representaciones mentales que exajeran los síntomas subjetivos. Basta que se preste una atención inquieta hacia el pulso ó hacia la respiración, para que cambien de ritmo y se precipiten.

Una educación emocional viciosa, conduce á disturbios nerviosos, á la locura, á una vida fisiológica desgraciada. Ella es también la causa de una existencia social miserable.

Yo creo,—y lo he dicho muchas otras veces—que la educación moral es soberana, salvo los casos excepcionales en que una organización mental muy defectuosa impida la acción del ejemplo y del razonamiento.

En estos últimos tiempos, se ha abusado mucho de la noción de la herencia y de la semifatalidad de la organización primitiva. El temperamento puede ser modificado, y mucho más el temperamento moral que el temperamento físico, porque la inteligencia es más instable y menos profundamente establecida que las otras funciones.

La enfermedad y el vicio son generalmente productos de la mala educación. Malos hábitos de pensamiento conducen á disturbios mentales. Hay espíritus que, á fuerza de discutir se crean un espíritu paradójal y falso que se convierte, al fin, en una verdadera enfermedad. Una prostituta, un ladrón, un asesino, son en su gran parte los productos de una educación viciosa.

Es necesario, de una vez hacer útiles los hábitos emocionales. Tócale á la literatura cumplir en este caso su verdadera misión, ayudando en la obra.

Tengo ante los ojos á un jóven que ha recibido una pésima educación en una familia de neuróticos. Sus conocimientos literario y científicos están muy desarrollados. Diserta con gran erudición sobre la historia de las doctrinas filosóficas y es capaz de escribir con un buen estilo. Es músico distinguido y pinta con mucho gusto. Sin embargo, lleva una vida miserable, dominado por temores mórbidos—que él sabe que son absurdos pero que no los puede dominar—tales como el de envenenarse tocando los objetos más usuales ó de no poder resistir á la tentación de echarse bajo las ruedas de un vehículo si sale á la calle, y por otras mil quimeras que obligan á vigilarlo como un niño. Pues bien; una educación moral apropiada habría evitado en este jóven esos disturbios morales que lo hacen incapaz de dirigirse á sí mismo. ¿Hay algo más triste para la dignidad de la instrucción, que el espectáculo de la inteligencia cultivada de un hombre superior, que está á la disposición de una voluntad infantil?

Estos no son mas que algunos rápidos esbozos sobre la cultura del individuo, tanto desde el punto de vista fisiológico como desde el punto de vista moral.

Aprender el arte difícil de la vida, me parece que es mas útil que conocer la cronología de la guerra de los treinta años ó la pirografía.

El hombre medio, normal, es como una planta dócil. El buen jardinero le hará producir las flores que á él se le autojaren si pone en la obra educativa la aplicación y la inteligencia necesarias.

DOCTOR TOULOUSE.

Estupidéz de la guerra

Desde la época más primitiva, hace quinientos mil años, la mira más ventajosa para el hombre ha sido aliarse con sus semejantes y formar una unión, abarcando al mundo entero. En ninguna época la guerra ha sido útil *entre los hombres*.

En todas las épocas la solidaridad pudo sola procurar el máximo del bienestar á nuestra especie. Pero durante una gran serie de siglos los hombres han sido bastante estúpidos para comprender su verdad y bastante ignorantes para concebir que formaban un todo solidario. El horizonte de la inteligencia humana no se ha extendido, durante un número incalculable de años, más allá de la tribu ó del clan. El hombre, siendo aún un animal, aplica en las diferencias

con sus semejantes, el mismo procedimiento que en sus cazas contra las fieras: la matanza, es decir, la guerra.

Los siglos se suceden á los siglos. El hombre se aparta más y más del bruto, pero como en todas las cosas de la Naturaleza, lentamente. Un largo combate se produce en su espíritu entre las aspiraciones nuevas, producidas por la razón iluminada y las tendencias de la barbarie primitivas. Esta lucha dura aún en nuestros días. Cuando la razón los rige, los hombres regulan sus diferencias por arreglos de toda suerte; cuando el instinto les manda, entonces se asesinan y se hacen la guerra.

J. NOVICOW.

URIEN, SHINE & Co

IMPORTADORES

369 Perú 371

Buenos Aires

TELEFONOS:

UNIÓN TELEFONICA 1450 (Avenida) — COOPERATIVA 179)

SUCURSALES EN:

DUSSELDORF (Alemania) — WOLVERHAMPTON (Inglaterra) — NEW YORK (Estados Unidos)

LA PROTESTA

DIARIO DE LA MAÑANA

Se acojen toda clase de denuncias por abusos de autoridad, patronales, etc. etc.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

359 Calle Cordoba 359

Buenos Aires

Anuario Cartológico

Sud Americano

ACABA DE APARECER

Director: A. PELLICER, ex-director de las Revistas «NOOGRAFIA» y «TARJETA POSTAL» que ha demostrado su innegable competencia en la materia.

Trátase de hacer obra original y útil, elegante y artística; que sea a la vez verdadera guía del coleccionista; archivo de pensamientos de descoltantes personalidades; ramillete de sentencias, proverbios, aforismos, cantares y epigramas; album de reproducciones de hermosas tarjetas, últimas novedades e ilustraciones y viñetas de reputados artistas; algo sobre la nueva lengua universal ESPERANTO, de la que tanto se usa para el intercambio postal internacional, sección destinada a los albums particulares, con transcripción de culminantes escritos; descripciones artísticas; conceptos filosóficos; colección de pensamientos originales de todo orden; cuanto sea novedoso y relacionado con las tarjetas postales, *Almanaque*, y LA MAS EXTENSA LISTA QUE SE HAYA PUBLICADO DE COLECCIONISTAS NACIONALES Y DE LOS MAS IMPORTANTES EXTRANJEROS, etc., etc.

Para figurar en esta LISTA DE COLECCIONISTAS, basta enviar una tarjeta postal con la firma y domicilio del remitente al editor P. TOMINI, FLORIDA 470—BUENOS AIRES. Los que deseen añadir algunas indicaciones más pagarán 0,20 centavos la línea.

“MUSICA PROHIBIDA” UN VOLUMEN DE VERSOS

POR ALBERTO GHIRALDO

Precio: **Un peso.** Pedidos a la Administración de Martín Fierro

Santiago del Estero 1072

Buenos Aires